

ACERCA DEL LIBRO: REFLEXIONES DE UN LECTOR IMPERTINENTE

Por Eduardo Lolo

La aparición del libro coincide con la etapa de mayor aceleración en la historia del hombre: de la lectura a la luz de la luna, a la llegada de un lector a la superficie de tal fuente de luz. La dicotomía causa-efecto resultante de dicho fenómeno queda a los historiadores desentrañarla, pero resulta indudable que, a poco de su aparición, el libro pasó a ser, de un mero objeto novedoso, una necesidad social de valor siempre ascendente.

Esta necesidad social ha pasado por diversas etapas de desarrollo. Obviando las correspondientes a la tecnología de confección –de Guttenberg al rayo láser– el libro ha sido depósito tanto de palabras divinas como de execrables maldiciones. Objeto sacro y a la par diabólico, el libro conoce lo mismo la urna adoratoria como la pira hereje. Y, lo que es más importante: a ambas ha sobrevivido.

En un discurso ante una reunión internacional de bibliotecarios (“Misión del Bibliotecario”), Ortega y Gasset asevera que “hasta el Renacimiento no fue la necesidad del libro vigencia social”. Si el gran pensador hispano se refería al libro tal y como lo conocemos hoy en día, puede que tenga razón. Pero es el caso que el libro, antes que una sucesión de páginas, lo fue de rollos, y antes aún de tabletas de arcilla, huesos, o paredes vírgenes. Aceptada tal antigüedad, la vigencia social del libro data entonces de mucho antes, quien quita si del momento en que gana la batalla a la palabra oral en la antigua Grecia y logra con ello la supervivencia del pensamiento que sirve de pilar a nuestra civilización.

Porque es el caso que el libro ha sido una necesidad del hombre desde siempre –donde siempre significa nuestra existencia como género–, pues la carencia de un proceso o modo de preservación de ideas no implica la falta de su necesidad. Pruebas de tal urgencia –y los esfuerzos humanos por resolverla– pueden contemplarse actualmente en templos y museos en forma de jeroglíficos y otros símbolos; cubren, incluso, las paredes de algunas cavernas prehistóricas, donde la sinuosidad del bisonte pintado hace miles de años contiene un mensaje – hoy para nosotros desconocido– tendiente a que el hombre que lo desentrañara no fuese más el primer hombre sobre la tierra.

Así, pues, el libro no ha sido más que el producto –y no final, por cierto–, de los intentos del Hombre por prolongar sus ideas en tiempo, vida y espacio; una prolongación multidimensional que supera, incluso, al propio creador de la idea como ente. Lo que un ser humano escribe, es ese hombre o mujer en un momento dado proyectado a todos los momentos posteriores, vivo aun cuando su propio autor o autora lo reniegue o haya dejado de existir. Por extensión, cada libro es un ser-vida confeccionado en un tiempo específico para las vidas y los tiempos de todos los humanos, que una vez creado –impreso, tallado o esculpido– escapa a la voluntad de su creador, alcanzando vida propia.

Quizás algo de esto último intuyó Platón cuando en *Fedro* trató de desvirtuar la importancia del libro, o Clemente de Alejandría al advertir de la imprudencia de la escritura por su carácter imperecedero. Conjeturo que el temor de los grandes oradores de la Antigüedad tuvo su razón de ser en la imposibilidad de controlar las ideas, una vez escritas, al ser interpretadas a voluntad por un lector sobre el cual no podrían ejercer influencia alguna, ya que las palabras, desprovistas de la inflexión sonora, el gesto y demás atributos de la comunicación oral, se hace casi independiente de su fuente original. En efecto, la palabra oral entraña instrucción; la escrita,

interpretación, donde el paso de la primera a la segunda lleva aparejada la pérdida absoluta de control, por parte del creador del mensaje, sobre el producto final de sus ideas en contacto con otros seres humanos.

A partir de esa independencia de la idea una vez escrita, es que al libro se le han endilgado símiles tales como el universo mismo. Jorge Luis Borges resume en “Del culto de los libros” tales símiles, desde Homero a Joyce. Y Ortega y Gasset –en el discurso ya citado– lleva la evolución del libro a una categoría de peligro para su propio creador. Para el ensayista español ya había demasiados libros en 1935; demasía que, lejos de propiciar el trabajo del intelectual, lo acosaba con el volumen de su información.

Claro que Ortega y Gasset no pudo prever el cambio del enciclopedismo a la especialización y mucho menos el advenimiento de la Era de la Informática. Ciertamente tal cambio de actitud cultural y los nuevos recursos técnicos no logran reducir en un ápice el exceso de información señalado por el filósofo español, pero sí canalizarlo y dosificarlo de acuerdo a patrones desconocidos en 1935. Los microfilmes, las computadoras, las máquinas telefónicas de transmisión facsimilar, la red cibernética y otros equipos y medios contemporáneos hacen innecesaria –y más inoperante aún que en la década del 30 del siglo pasado– la propuesta de Ortega y Gasset de constituir a los bibliotecarios en sociedad reguladora de la empresa editorial. Además, no debe perderse de vista que querer regular el libro es lo más cercano a querer controlar las ideas.

Intentos de tales regulaciones han acompañado al libro prácticamente desde su nacimiento. La Inquisición, el Nazismo, el Islamismo y el Stalinismo son los ejemplos más conocidos, pero no los únicos. Tales regulaciones no pocas veces tratan de disfrazar su naturaleza totalitaria tras una cortina de cuerpos legales. En la Cuba castrista, por ejemplo, la propia Constitución Nacional establece como postulado incuestionable de la actividad cultural la promoción del dogma político marxista interpretado por el Partido-Estado (Capítulo V, Artículo 39-a) y el Código Penal vigente ‘legaliza’ penas de hasta ocho años en la cárcel para quienes sean sorprendidos con un libro prohibido, por considerarse “propaganda enemiga” (Sección V, Artículo 103.1). Como consecuencia de la aplicación de tales leyes, la tenencia de una obra de Borges, Vargas Llosa o Cabrera Infante –para señalar sólo unos pocos ejemplos– puede considerarse un delito estatuido, siendo el libro en cuestión suficiente ‘prueba’ de cargo para un veredicto de culpabilidad. Las obras de García Márquez y Cortázar fueron aceptadas en un principio, luego prohibidas, y de nuevo permitidas (“despenalizadas”, según el argot legal del castrismo) siguiendo los vaivenes ideológicos de esos autores, etc., etc. Pero lo que sí demuestra la historia es la ineficacia de todas las regulaciones, de todas las épocas. Los lectores siempre han desafiado las censuras, aun al precio de la mazmorra o la hoguera.

Por otra parte, los estudiosos del libro –vidas, ideas, realidades, fantasías–, no aparecen en las listas de los profesionales mejor remunerados del mundo académico. En un siglo eminentemente científico como el que recién comienza, no parece ser de importancia determinar si la Biblia de Ferrara fue originalmente editada para judíos o cristianos, o si los temas shakespereanos eran tales o no. Richard D. Altick los llama aventureros (The Scholar Adventurers) y recalca que sus trabajos no pocas veces terminan en desesperación “because history, however briskly prodded, simply refuses to talk”.

Sin embargo, a pesar del exceso de información, los intentos de regulación, la carencia de apoyo institucional o la falta de cooperación de la propia historia, los investigadores literarios no desmayan y sus filas se ven constantemente incrementadas. Ellos son los soldados del libro, y su batalla parece ganada desde el principio.

En efecto, el éxito del libro está garantizado. Puede que durante este siglo cambie su presentación y se vuelva electrónico, o cibernético, o quién sabe qué; pero su objetivo básico se seguirá cumpliendo como hasta ahora. Y nunca habrá demasiados libros, como nunca habrá demasiados seres humanos o demasiadas ideas. Porque el libro (ya sea en forma de tabletas, rollos, cuadernos, diskettes, hologramas o impulsos cibernéticos) ha permitido al hombre alcanzar algo que antes de su advenimiento estuvo reservado sólo a los dioses: la inmortalidad. Y ya no habrá Dios irascible alguno que pueda expulsarlo de nuevo.

REFERENCIAS

Altick, Richard D. *The Scholar Adventurers*. Columbus: Ohio State University Press, 1987

Borges, Jorge L. "Del culto de los libros". En: *Otras Inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1960

Constitución y Código Penal de la República de Cuba.

Ortega y Gasset, José. "Misión del Bibliotecario" En: *Libro de las Misiones*. Colección Austral. Madrid: Espasa-Calpe, 1965

Plato. *Phaedrus*. Intr. W.C. Helmbold & W.G. Rabinowitz. New York: Liberal Arts Press, 1956

(Lolo, Eduardo. "Acerca del libro. Reflexiones de un lector impertinente." *La Nuez* [Nueva York], Vol. 2, Núm. 4, 1990. Página 7.)